



Portada: Fotos archivo diario HOY

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 9. Abril, 2000

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores. No reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
RO. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO
EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR
Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: fburbano@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

Cuando todos saltan al vacío
FELIPE BURBANO 4

Fuerza y límite de los símbolos
n ODORa BUSTAMANTE 16

Lucha indígena y reforma neo-toerct
DIEGO ItuRRALOE 22

Dororzocío:
¿camino o laberinto?
DIEGO BORJA 32

ACTUALIDAD



las paradojas de la multiculturalidad
MARIA F. ESPINOSA
TON SALMAN 42

Alternativas a la porrtica social neo-liberal
JOSELUIS CORAGGIO 52

DEMOCRACIA

y Sin embargo...se mueve
ANDRES MEJIA 64



Veinte años de populismo y democracia
CARLOS DE LA TORRE 80

Los partidos como orientaciones culturales
FERNANDO BUSTAMANTE 88

El ciudadano y el cliente
SIMON PACHANO 98

ENSAYO



Nación y educación en el Ecuador de los años treinta y cuarenta
EMANUELLE SINARDET 110

LIBROS

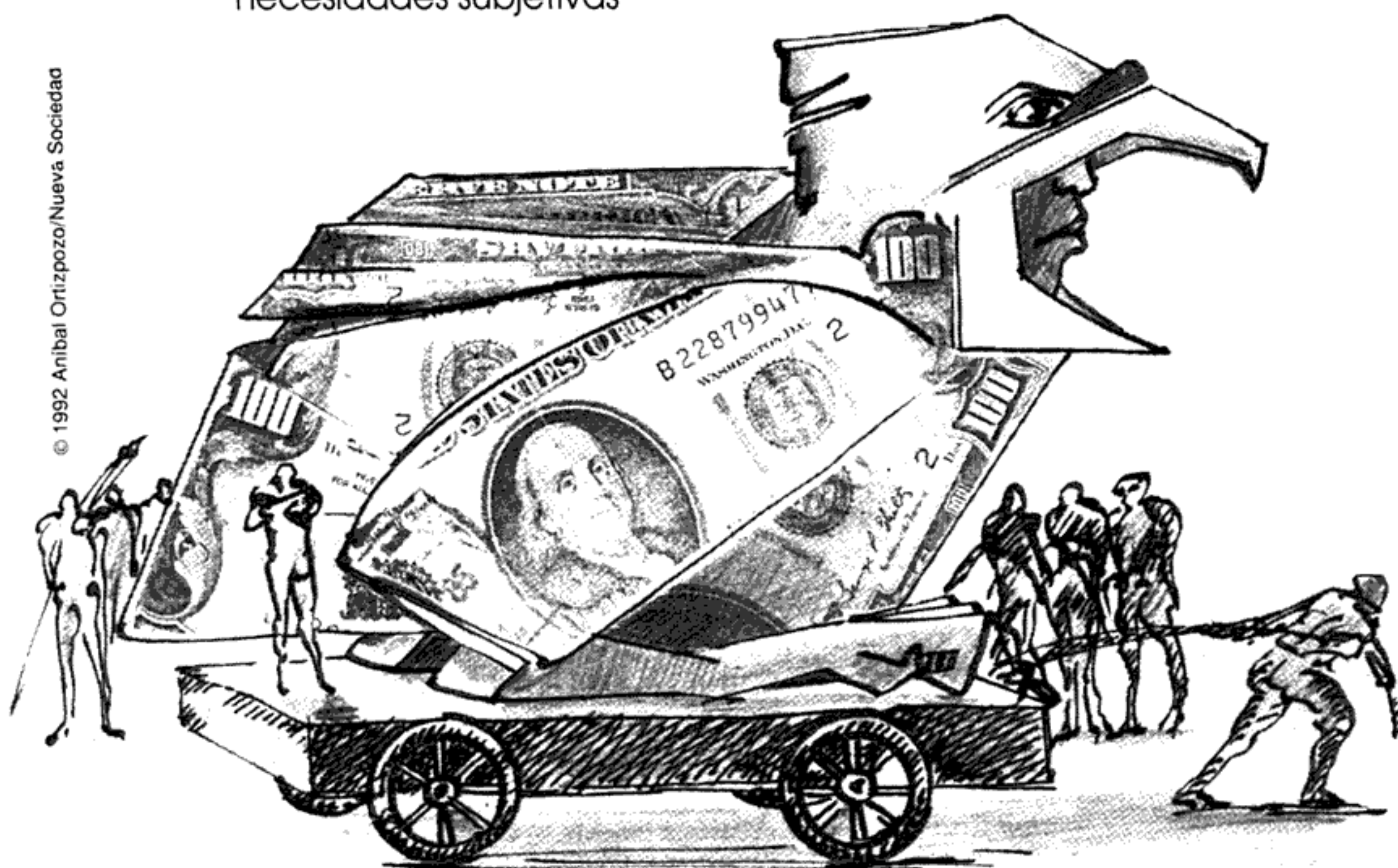
- La descentralización
- El animal público
- El fin de los terncos
- ucconoro de los sentimientos
- cneor las fronteras

128

Indígenas trastocan el orden simbólico de la política

Fuerza y límite de los símbolos

En el Ecuador, el dominio de lo subjetivo por sobre la realidad y la objetividad, ha determinado el escenario de lo público y de la cultura. Seguimos buscando mitos que se acomoden a nuestras necesidades subjetivas



© 1992 Anibal Ortizpozo/Nueva Sociedad

Teodoro Bustamante
Profesor -investigador de FLACSO

1. Introducción.

Las jornadas de enero, la marcha indígena y la toma del Palacio Legislativo, que luego condujeron al golpe de estado que destituyó al Presidente Jamil Mahuad, han sido momentos de una riqueza simbólica particular. Las escenas difundidas por la televisión en las cuales este movimiento social acompañaba su gestión política con una amplia retórica simbólica, son la expresión de una forma particular de desarrollar la política.

Los shamanes que acompañaban las movilizaciones son elementos importantes de lo que este movimiento expresa. Lo primero que podemos señalar es que se muestra una concepción del espacio en la cual hay sitios específicos: el Palacio Legislativo, la Plaza Grande que están cargados de una fuerza, de un contenido que va mucho más allá de su importancia estratégica. Esto tiene un claro paralelo con la importancia de la plaza del pueblo, o la plaza de la hacienda en las festividades andinas. El grupo humano tiene un espacio donde se concentra el simbolismo de la sociedad entera y adquiere en esto una sacralidad. Esta es una dimensión ritual presente en gran parte de la sociedad india y mestiza del Ecuador, pues los mestizos también consideramos a la ocupación del espacio público como un reflejo de la importancia de nuestras fiestas, rituales y actividades. Sin embargo en los acontecimientos de enero hubo algo que cambió. Los indígenas no se contentaron con tomar la plaza del pueblo, tomaron la plaza de la capital. Esto rompe un código tradicional: el conflicto de los indios con el poder era hasta entonces manejado en las parroquias y cantones, no en la capital. Esta irrupción simbólica es parte de los elementos que generan miedo en la sociedad blanco mestiza que ve en la intromisión de los sectores indios en estos espacios casi sagrados, una amenaza al orden, a la posibilidad de una convivencia social. Este miedo-sería sin lugar a dudas mucho menor si nos diéramos cuenta que en el Ecuador todos bus-

camos ocupar simbólicamente y ritualmente los espacios públicos que están a nuestro alcance y que eso es una expresión de los problemas que nuestra sociedad tiene con respecto a la autoridad y el poder.

El folclore, que es una representación simbólica y ritual de la trama cultural de la sociedad, tiene una rica simbología del poder. En efecto, además de las tomas de las plazas del pueblo o la hacienda, el folclore indígena tiene una serie de personajes centrales, tales como el coraza, o los capitanes e inclusive los sacerdotes, que aluden al tema del poder. Y si algo es interesante en todo este proceso es que el símbolo del poder en la fiesta, está redefinido, el coraza es rey y es indio, pero en cuanto rey e indio, es tanto objeto de admiración por su magnificencia - se trata también del sacerdote- como atacado y golpeado.

Otra dinámica frecuente en estas festividades es que la ocupación simbólica por los indios, tiene una duración y carácter ritual y transitorio.

Todo esto nos está hablando de un contenido subyacente sobre la concepción del poder, y esto es real tanto en la cultura india, como en la mestiza.

Podríamos proponer una primera afirmación. La concepción del poder está marcada por una fuerte y clara contradicción: el poderoso frente al pueblo. Esta contradicción es vivida como un conflicto esencial a la sociedad, y parecería que tiene varias formas de ser tratado,

señalemos algunas:

- **La magnificencia.** El Poderoso debe reparar la asimetría de la relación con el pueblo a través de la fortaleza de su retórica de poder y majestad. Esto es un símbolo que se entrega al pueblo y corresponde en cierta medida a un flujo de reciprocidad. La magnificencia incluye un dar y reciprocarse simbólico. Esto tiene su momento culminante en la fiesta. El esplendor de la fiesta es la obligación del poderoso para con el pueblo.

- **El trastocamiento mítico ritual,** en el cual el pueblo da la vuelta, y se ubica en el poder de manera transitoria y simbólica. Esto puede corresponder tanto a una toma ritual del palacio como al acceso al poder de una persona que encarna a lo popular (creo que Bucaram se encuentra en este registro).

De esta manera tendríamos que existe la necesidad de re-equilibrar la asimetría del poder a través de símbolos. En esta lógica una vez recreado el ri-

En los acontecimientos de enero hubo algo que cambió: los indígenas no se contentaron con tomar la plaza del pueblo, tomaron la plaza de la capital

tual compensatorio, el sistema de poder recupera legitimidad. Tal vez lo interesante de esta hipótesis es que se aplicaría tanto a la realidad mestiza como a la india, lo que implicaría que en realidad compartimos mucho más de lo que parece de una cultura mestiza, que por ser mestiza es india y blanca a la vez.

Estaríamos entonces hablando de un componente de compensación simbólica respecto a la dinámica de poder. Aquí surge una pregunta de muy importantes consecuencias pragmáticas. Esta economía simbólica en torno al poder, ¿es un potencial movilizador que puede proveer al país de un sistema de canalización de energías para modificar nuestra realidad social? ¿O es un mecanismo homeostático, para reintroducir el equilibrio en un sistema, pero sin corregir nada sino solo compensándolo simbólicamente? La historia del Ecuador, tanto la reciente como la menos actual, nos habla de una enorme capacidad de movilización coyuntural de las fuerzas de la disconformidad. En todas estas movilizaciones, desde la grandiosa que puso a Velasco Ibarra en el Poder, hasta el proceso que culminó con el derrocamiento de Bucaram, la entrega de energías contestatarias fue abundante. Sin embargo, en ninguno de esos casos podemos afirmar que se dieron pasos importantes en el proceso de reconstrucción de la trama social. Es, por lo tanto, válido preguntarse en qué medida en enero de 2000 no repetimos la dinámica anteriormente descrita. La plataforma indígena, y de algunos de los grupos que los apoyaban, fue la opuesta a la de los grupos que tomaron el poder. Surge lógicamente la pregunta de ¿para quiénes trabajaron los que se movilizaron para derrocar a Mahuad?

Hay otro paralelo que surge en mi mente cuando constato esta realidad, y este paralelo se refiere a otros incidentes sucedidos en otras plazas, en otros momentos. El primero sucedió en México y el otro en Cajamarca. Se trató de dos momentos en los cuales dos culturas indias enfrentaron a una cultura europea. En los dos casos el procedimiento tuvo ciertas similitudes. Los emperadores indios, con todo su séquito enfrentaron a los conquistadores europeos cargados de símbolos y rituales. Y el espacio mismo donde se produjo el encuentro está en los dos casos cargado de símbolos. Recordemos que la guerra india fue, especialmente en el caso mexica-

no, un proceso simbólico, casi religioso, en el cual las operaciones militares estaban subordinadas a normas ético-míticas, que ritualizaban la guerra.

En los dos casos los españoles reaccionaron frente a estos hechos con la generación de una lógica, que era nueva aún para Europa, y ésta es la de establecer un pragmatismo amoral, que por sobre el ritual impuso la táctica y la estrategia. La plaza pierde el valor frente a sus accesos, frente al terreno de combate. Los resultados fueron el apresamiento de Atahualpa en el sur y la derrota azteca en México.

Desde el momento mismo de instauración de nuestra sociedad mestiza, se produce una división: el mundo del ritual y de los símbolos será el mundo de los dominados

La sugerencia que sale de estos dos hechos es que en el momento mismo de la instauración de nuestra sociedad mestiza, se establece una división. El mundo del ritual y los símbolos es el mundo para los dominados, el de la pragmática, la táctica y la estrategia para los dominadores. De alguna manera me pregunto si no reproducimos una forma de enfrentar el poder que repite, casi ritualmente, una rebelión llena de símbolos y con enorme capacidad de movilizar la subjetividad, pero que, al mismo tiempo, reafirma periódicamente la estructura y los desequilibrios de los mecanismos del ejercicio del poder en el país.

En esta misma perspectiva podríamos agregar otra reflexión más. Desde el punto de vista simbólico, el que los indios, que han sido el símbolo vivo del marginado y postergado, ocupen los espacios del poder, podría decirnos que estamos avanzando hacia la igualdad y la disminución de la discriminación. Pero, al mismo tiempo, sabemos que tal vez nunca en la historia ha existido tanta marginación en el Ecuador, y que la discriminación la pobreza y la exclusión se generalizan a todos los grupos humanos del Ecuador.

Desde esta perspectiva podríamos lanzar otra hipótesis, aventurada y tal vez poco agradable: ¿no es esta forma de protestar una forma que logra garantizar el sistema de poder y exclusión? Mientras sigamos movilizándonos de esta manera, no estamos garantizando que las elites que se aprovechan de la exclusión puedan permanecer tranquilas saciando su creciente voracidad?

Creo que en este momento podemos introducir un elemento adicional. La figura del shamán parecería indicarnos la presencia de un aparato intelectual indígena que está procesando esta realidad. No es este el momento para discutir la lógica del sha-

manismo, pero mi modesta comprensión sobre esta realidad, es que se trata de una genial percepción y valoración de la dimensión y las energías subjetivas que existen en una persona y en su grupo más cercano.

La subjetividad está indudablemente ligada a la identidad de las personas. Nuestra identidad es - tal vez - la más valiosa producción de nuestra subjetividad, y el trabajo sobre ella es básicamente un trabajo para mover las energías subjetivas del individuo o del grupo. La lógica subjetiva tiene enormes potencialidades, nos permite desarrollar la comunicación, la comprensión, y la simpatía, pero tiene así mismo límites. Debe confrontarse con la realidad, y sobre todo con la realidad no coincidente, no gratificante, para estructurar canales de acción eficientes para manejar esas limitaciones.

En el nivel social, esto es básicamente la confrontación con fuerzas sociales, ideológicas diferentes a nosotros mismos, que nos acotan, limitan y cuestionan. La imposibilidad de aceptar esas dimensiones de lo social nos conduce, o bien a una reafirmación de la subjetividad que reduce nuestra capacidad de llegar a acuerdos con nuestros interlocutores, o bien a fanatismos que nos llevan a tratar de eliminar a los enemigos.

La historia humana está llena de los horrores que hemos hecho cuando asumimos esta última opción.

Desde mi punto de vista esto nos lleva a pensar en ¿cuál es la fuerza de los símbolos, de la retórica en el discurso contestatario en el Ecuador? Y, por lo tanto, también ¿cuáles son sus límites?

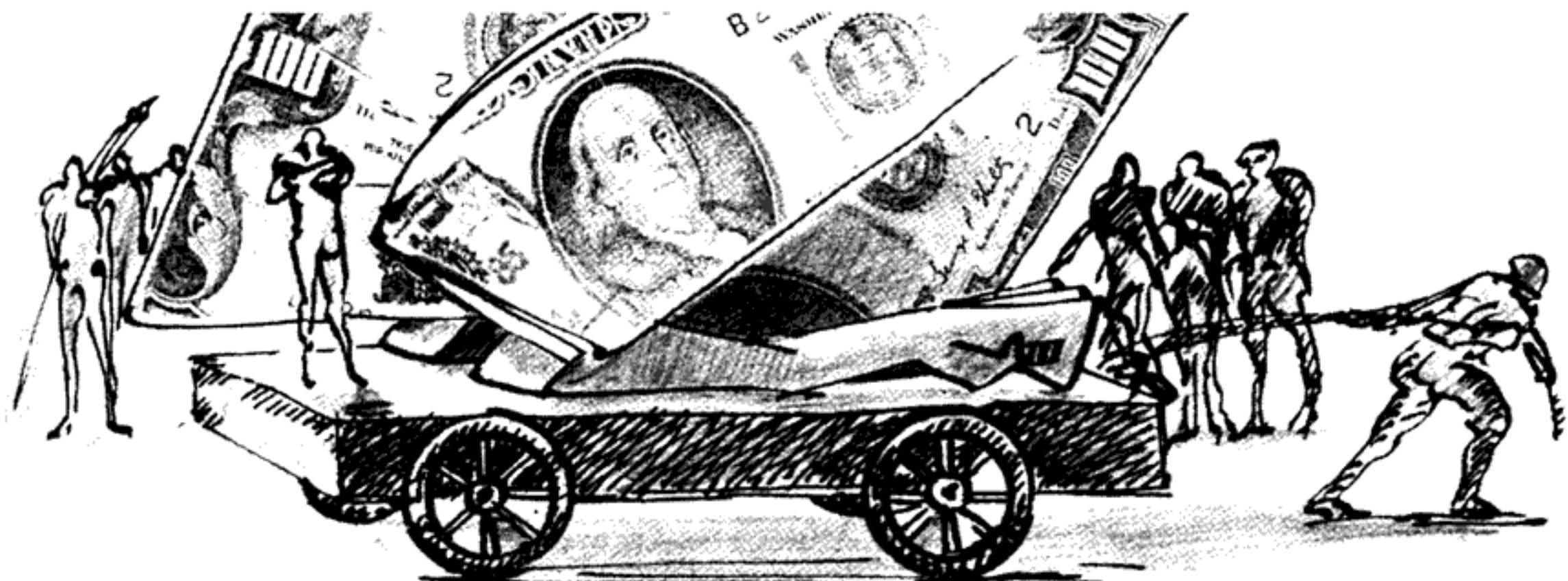
Es mi percepción que en el Ecuador el dominio de lo subjetivo por sobre la realidad y la objetividad ha determinado el escenario de lo público y de la cultura. Durante décadas construimos un mito

nacional sobre el Perú, sobre el Protocolo de Río, y lo que este significaba para el país. Para ello nuestra lógica nunca fue la de analizar la realidad del conflicto, sino la de satisfacer nuestras necesidades subjetivas. Hoy que hemos volteado la página de ese conflicto, aún no reflexionamos sobre cómo fue posible que durante tantos años pusiéramos tanta energía en no ver cuál fue la verdad histórica de los hechos. Hemos dejado a un lado un discurso, no lo hemos reprocesado.

Hoy en día sospecho que seguimos buscando mitos que no expliquen la realidad sino que simplemente se acomoden a nuestras necesidades subjetivas. Esto me parece que se ve fundamentalmente en el particularismo de todo discurso político. Cada movimiento social reivindica su rol, un papel central, la visión del mundo desde su subjetividad. El resto del mundo es bueno si se acopla a esa subjetividad y malo si la contradice. La consecuencia de ello es que tenemos cientos de reivindicaciones y cero liderazgo más allá de cada movimiento social particular. El discurso es sobre las identidades, no sobre la sociedad.

Parte de esta estrategia en la cual domina lo subjetivo es que los problemas de nuestro país se ven y son planteados básicamente como productos de la maquiavélica voluntad de algunos actores perversos. Nos indignamos ante la corrupción que se hace visible, pero nos jactamos de nuestra astucia. Criticamos acervamente utilizando retórica moral a nuestros enemigos políticos y en nuestra vida particular toleramos el incumplimiento y la falta a la palabra dada.

Mi opinión es que si hay algo que es fundamental para poder construir una gestión política es el poder combinar estas dos dimensiones, la subjetiva



y aquella que puede reconocer "al otro", sus intereses y, por lo tanto, la posibilidad de llegar a acuerdos con él. La subjetiva, por cuanto sin sueños, sin capacidad de poner nuestras energías y nuestra vitalidad, no podemos construir proyectos sociales. La otra, más intersubjetiva -para no utilizar la palabra objetiva-, por cuanto si no logramos comprender la realidad más allá de nuestra subjetividad nos condenamos a tener siempre satisfacciones subjetivas y fracasos objetivos, como son la manipulación y el populismo que en definitiva ponen nuestras energías al servicio de otros intereses.

La objetividad es, además, condición para poder construir cualquier proyecto democrático, pues es ella la que permite establecer una forma de reconocer "al otro" más allá de su correspondencia o no con mis percepciones subjetivas. En efecto, todo proyecto democrático exige un compromiso para garantizar los derechos comunes a todos los que conforman la sociedad más allá de que sus intereses correspondan o no a los del grupo al cual pertenezco.

El encerrarnos en la particularidad y la renuncia a la sociedad nos permite disimular las causas del desastre nacional que vivimos. Podemos culpar a un grupo que es nuestro villano de la película, pueden ser fuerzas externas (y sin lugar a dudas hay en el mundo muchas fuerzas rapaces que se aprovecharán de todas las oportunidades que les demos de medrar sobre el país.) Pero en realidad, esto no nos permite ver cuál ha sido la realidad. El país ha sido saqueado por un sistema que fue implementado a raíz de que descubrimos que éramos ricos, teníamos petróleo. A partir de ello establecimos todos los mecanismos posibles para rifarnos esa riqueza. Para describir la importancia de este proceso creo que sería útil que reflexionemos sobre dos casos. El primero es la comparación de lo que sucede en el mundo financiero de los Estados Unidos, que tiene una masa de capital acumulado simplemente sorprendente. ¿De dónde viene esto? Pues de los fondos de pensiones que con tasas de aporte mucho menores a las que tenemos acá han logrado acumular un monto de riqueza impresionante y decisivo en todo el mundo. Nosotros, en cambio, con tasas impositivas más altas hemos logrado rifar y descapitalizar un proceso

de ahorro masivo de más de 30 años. ¿Cómo lo hemos hecho? Utilizando esos recursos para contentar a todo el mundo. Los afiliados del seguro de ciertas décadas que obtuvieron crédito para la vivienda a tasas inferiores a la inflación. El Estado que no sólo no pagó al seguro social sino que congeló sus fondos. Los bancos privados y los constructores que se beneficiaron del mecanismo de los bonos hipotecarios durante años. Probablemente en mucho menor medida cuentan algunos beneficios laborales y sindicales no financiados. Resultado: miles de millones de aportes al seguro que hoy no valen nada.

Lo que ha sucedido con el sistema bancario es algo similar. La expropiación del ahorro nacional, alimentado por varios años, implica que nunca funcionó una Superintendencia

de Bancos, y que la especulación fue la estrategia básica para hacer dinero.

Los ejemplos pueden seguir. El sistema tributario, por el cual simplemente se suponía que los servicios del Estado eran regalos que debían ser financiados por el petróleo, o el propio proceso de deuda externa: repartir hoy para que otros no puedan pagar mañana.

¿Puede concebirse mejores mecanismos para que un país que tuvo todo para salir de la pobreza regrese humillado a la miseria?

Lo importante es señalar que todos hemos sido o culpables o cómplices de esta voracidad, en la cual desde nuestra subjetividad hemos sacado algún provecho de los bienes comunes. Lógicamente los poderosos han sacado los mejores pasteles, mientras los pobres han recibido pequeñas galletitas o minúsculas migajas.

El problema de esta descripción de nuestra situación es que nos coloca a todos los ecuatorianos en el rol de cómplices del desastre. Pues hemos actuado durante décadas bajo el presupuesto de que mientras no me afecte a mí, que me importa lo que pase.

Esta concepción, esta forma de organizar la vida social, la que nos ha llevado a donde estamos. Y no es solución ni encontrar a quien echarle la culpa, ni simplemente insistir en nuestros deseos subjetivos. No, tomar el poder en el Ecuador no consiste en tener suerte en ciertas movidas de alianzas y conspiraciones, requiere mucho más, requiere sobre todo



poder tener un sueño de una forma de comprender la sociedad que sea diferente.

¿Queremos tener una sociedad donde sea decente vivir? Entonces tenemos que poner nuestro aporte. Nuestro país no puede existir sin un sistema tributario, y defenderlo es una tarea de prioridad nacional. Un sistema de derecho no puede existir si no logramos garantizar los derechos de nuestros rivales y contendores, y fundamentalmente de nuestros enemigos.

Las limitaciones subjetivistas de las propuestas políticas en el país se expresan por todas partes. Los movimientos sociales brillan por su incapacidad para pensar la sociedad más allá de su punto de vista particular. Se sienten realizados en la afirmación de su identidad subjetiva y particular. Si eso sucede, la crisis general de la sociedad se arregla echando la culpa a otros. Los gremios empresariales retroceden lo que habían avanzado en tratar de pensar un país que sea más que un negocio, cuando ven la oportunidad de ejercer directamente el poder.

Los caudillos provinciales o cantonales se olvidan de la sociedad cuando creen que la distribución del poder en niveles locales puede servir mejor a sus intereses.

Todo esto nos está destruyendo como sociedad. Pero la sociedad no puede arreglar sus problemas como una ONG, una empresa o un sindicato, no podemos simplemente cerrar las oficinas, quebrar, vender el negocio, o repartirnos las tierras comunales. No tenemos otra salida que cambiar, y a pesar de que no lo queremos ver, lo único que logramos al no enfrentar este hecho es hacer más grave la crisis, más doloroso el cambio.

Los sucesos del 21 de enero fueron hirientes. Desde todos los puntos de vista, la cosecha es triste, fracaso, traición, engaño destrucción de instituciones, violentamiento de la ley, y todo ello, más que la culpa de uno u otros es una manifestación del desastre de nuestra sociedad. Y de eso todos somos responsables.